

## PRÓLOGO

En el verano de 1972, Missing Mile, Carolina del Norte, era poco más que un punto en el mapa. Unas pacanas y robles inmensos daban sombra a la calle principal flanqueada por unas cuantas casas sureñas, aún más grandes y extensas, y demasiado alejadas de cualquier camino importante como para haber sufrido la lacra de la Guerra Civil. Los estragos y triunfos de la década pasada no parecían haber alterado la ciudad en absoluto, al menos a simple vista. Uno podría pensar que aquel era un lugar a la deriva, sumido en la tranquilidad de otra época, un sitio en el que la paz reinaba de forma natural, sin necesidad de ser proclamada en pancartas ni lucida alrededor del cuello.

Uno podría pensar algo así si solo estuviera de paso. Pero, si te quedaras el tiempo suficiente, comenzarías a ver las señales. Las evidentes, como los carteles en la ventana de la tienda de discos, que más tarde se convertiría en el Whirling Disc, pero que ahora aún se conocía como Spin'n'Spur. A pesar del nombre y de la bota de *cowboy* de contrachapado encima de la puerta, los que querían canciones sobre Dios, pistolas y gloria acudían a Ronnie's Record Barn en la autopista de Corinth. El Spin'n'Spur había sido invadido: los pósteres de la ventana estaban plagados de diseños y colores psicodélicos que gritaban palabras demenciales, coléricas. Y los grafitis: «NO A LA GUERRA», con un morboso puño rojo golpeando

un edificio, «HA RESUCITADO», sobre una cara sensual, llena de mala leche y tan indefinida que podría haber sido Jesucristo o Jim Morrison. Señales evidentes.

O las metafóricas, como el chaval mutilado que, en los días despejados, se sentaba con los viejos delante de la ferretería agrícola. En otra vida se había llamado Johnny Wieggers, y había sido un niño franco y amable; muchos veteranos recordaban haberle comprado una chocolatina o un refresco en algún punto a lo largo de su infancia o, más adelante, haberle pasado de tapadillo un par de cervezas. Ahora su madre lo empujaba cada día por la calle Firehouse y lo enderezaba para que pudiera escuchar la cháchara y ver las interminables partidas de damas que los veteranos jugaban en un tablero desgastado con un montón de taponos de Nehi de color morado y naranja. Hasta ahora, ninguno había tenido valor suficiente para pedirle a la madre que dejara de hacerlo. Johnny Wieggers se sentaba en silencio. No tenía más remedio. Había pisado una mina del Vietcong y había respirado fuego, lo que le abrasó la lengua y las cuerdas vocales. Su cara había pasado a ser una masa de carne irreconocible, con la excepción de un ojo que brillaba ausente en medio de esas ruinas, como el ojo de un pájaro o un reptil. Le habían amputado los dos brazos y la pierna derecha; la izquierda terminaba justo por encima de la rodilla y la señora Wieggers insistía en subirle la pernera para airear la reciente cicatriz. Los veteranos, encorvados sobre las damas, hablaban menos de lo habitual y miraban de vez en cuando por el rabillo del ojo el miserable muñón en carne viva o el torso jadeante, pero nunca la cara mutilada. Todos esperaban que Johnny Wieggers muriera pronto.

Señales evidentes o metafóricas de aquella época. La década del amor había pasado: sus dioses acabaron muertos o desilusionados, su furia empezaba a mutar en una especie de inquietud ensimismada. La única constante era la guerra.

Si Trevor McGee sabía algo de esto, era solo de una forma vaga, más por osmosis que por un esfuerzo consciente. Acababa de cumplir cinco años. Había visto reportajes sobre Vietnam en las noticias, aunque su familia ya no tenía televisor. Sabía que sus padres

pensaban que la guerra estaba mal, pero hablaban de ello como si fuera algo que no se podía cambiar, igual que un día de lluvia cuando querías salir a jugar fuera o como un codo ya raspado.

Mamá contaba historias de manifestaciones por la paz a las que había acudido antes de que los niños nacieran. Escuchaba discos que le recordaban a aquella época y la hacían feliz. Sin embargo, cuando papá oía los suyos, parecía que lo ponían triste. A Trevor le gustaba toda la música, sobre todo el saxofonista de *jazz* Charlie Parker, a quien papá siempre llamaba Bird. Y la canción de Janis Joplin con el nombre de su padre *Me and Bobby McGee*. A Trev le habría encantado recordar toda la letra y cantarla él solo. Entonces podría fingir que solo iban su papá y él por la carretera, sin mamá o Didi, solo ellos dos. Así se sentaría en la parte delantera en vez de ir atrás con Didi, como un bebé.

Se obligó a dejar de pensar en eso. ¿Dónde se habrían quedado mamá y Didi si no estuvieran aquí? ¿En Texas o en ese sitio que habían dejado hacía dos días, Nueva Orleans? Si no tenía cuidado, se echaría a llorar. No quería que su madre o su hermanito estuvieran en Nueva Orleans. Esa ciudad le había dado mala espina. Las calles y los edificios eran oscuros y viejos; en lugares así había fantasmas. Papá decía que allí vivían brujas de verdad y, tal vez, hasta zombis. Y papá se había emborrachado. Mamá lo había mandado fuera para que lo hiciera, dijo que a lo mejor le sentaba bien. Pero papá volvió apestando y con sangre en la camiseta. Y mientras Trev se acurrucaba en la cama del hotel con los brazos alrededor de su hermano y la cara enterrada en el suave pelo de Didi, papá había recostado la cabeza en el regazo de mamá y había llorado. No fueron unas pocas lágrimas, como las que derramó él cuando su viejo perro Flakey murió en Austin, sino unos intensos y temblorosos sollozos entrecortados que le enrojecieron la cara e hicieron que moqueara sobre la pierna de mamá. Así lloraba Didi cuando se hacía daño o sentía mucho miedo. Pero Didi solo tenía tres años y papá, treinta y cinco.

No. Trev no quería regresar a Nueva Orleans ni tampoco que mamá o Didi se marcharan allí. Quería que todos estuvieran con él, allá adonde fuera que iban ahora. Cuando llegaron a una señal

que rezaba «MISSING MILE», Trevor la leyó en voz alta. Había aprendido a leer el año pasado y ahora se dedicaba a enseñar a Didi.

—Genial —dijo papá—. De puta madre. No es que nos hayamos pasado la autopista por una milla, es que hemos encontrado esa puñetera milla<sup>1</sup>.

Trevor quiso reír, pero papá no parecía estar de guasa. Mamá no dijo ni mu, aunque Trev sabía que, cuando tenía su edad, había vivido por allí. Se preguntó si se alegraría de volver. Carolina del Norte le estaba pareciendo bonita, con sus árboles gigantes y las verdes colinas y las carreteras largas y con curvas, como lazos negros que se iban desenrollando debajo de las ruedas del Rambler.

Mamá le había hablado de un sitio del que se acordaba, algo llamado el Círculo del Diablo. Trevor confiaba en que no fueran a verlo. Era una circunferencia en medio del campo donde no crecían hierbas ni flores y al que los animales no se acercaban. Si alguien colocaba basura o ramitas dentro del círculo por la noche, a la mañana siguiente habrían desaparecido, como si una pezuña las hubiese mandado de una coza al infierno para apartarlas de su camino. Según mamá, se suponía que por ese lugar paseaba el diablo, dando vueltas y vueltas toda la noche, mientras planeaba maldades para el próximo día.

«Eso es, enséñales la puta dicotomía cristiana, envenénales el cerebro», había dicho papá, y mamá le había hecho una peineta. Durante mucho tiempo, Trevor creyó que la peineta<sup>2</sup> era algún tipo de símbolo de la paz, quizá para demostrar que te gustaba Charlie Parker, y fue por ahí haciendo la peineta a todo el mundo hasta que mamá se lo explicó.

Pero Trevor no podía culpar al diablo por querer vivir allí. Le parecía el sitio más bonito que había visto en su vida.

Atravesaron el pueblo. Los edificios parecían viejos, pero no daban tanto miedo como los de Nueva Orleans. Muchos eran de

---

<sup>1</sup> Respetamos el juego de palabras del original con el nombre del pueblo en inglés que se traduciría como «milla perdida».

<sup>2</sup> En el original hay un juego de palabras imposible de traducir entre Bird (mote del cantante Charlie Parker) y «flip the bird», enseñar el dedo corazón como gesto ofensivo.

madera, con bordes suaves y una apariencia agradable. Vio una gasolinera anticuada y una verja hecha con las ruedas de una carreta. Mamá espiaba a un grupo de adolescentes que estaban en el otro lado de la calle y que llevaban collares y vaqueros rotos. Uno de ellos, un chico, se echó para atrás su largo y exuberante pelo. Los chavales se detuvieron en la acera durante un momento antes de entrar en la tienda de discos. Mamá se los señaló a papá.

—Parece que es un lugar con movimiento. Podría ser un buen sitio para parar.

Papá frunció el ceño.

—Esto es Villa Quintocoñez. Odio estos pueblos sureños en los que te mudas y a los tres días todo el mundo sabe de dónde vienes, a qué te dedicas y con quién te acuestas. —Acarició el volante. Acto seguido, sus dedos lo oprimieron con un espasmo—. Creo que podemos llegar hasta Nueva York.

—¡Bobby, no! —Mamá se estiró para ponerle una mano sobre el hombro. Sus anillos de plata relucieron bajo la luz del sol—. Sabes que el coche no aguantará. Nos quedaremos tirados en cualquier carretera y no quiero hacer autostop con los niños.

—¿No? ¿Prefieres quedarte tirada aquí? —Papá dejó de observar el camino para fulminar con la mirada a mamá a través de las oscuras gafas de sol que ocultaban sus ojos azul pálido, como los de Trevor. Los de Didi se parecían a los ojos de mamá, enormes y casi negros—. ¿Qué vamos a hacer aquí, Rosena? ¿Eh? ¿Qué voy a hacer yo?

—Lo mismo que harías en otro sitio. Dibujar. —Mamá no miraba a papá; aún tenía la mano apoyada en su hombro, pero había girado la cabeza hacia la ventanilla para contemplar Missing Mile—. Buscaremos una casa, la alquilaremos y yo encontraré trabajo en alguna parte. Tú te quedarás en casa con los niños y, como no tendrás dónde emborracharte, volverás a dibujar cómics de nuevo.

En otro momento, Trev habría metido baza para apoyar a mamá o hasta habría intentado obtener ayuda de Didi. Quería quedarse allí. Contemplar aquel lugar lo tranquilizaba por dentro, no como Nueva Orleans y a veces Texas, donde se sentía

agarrotado y dolorido. Sabía que a mamá también la hacía feliz, al menos tan feliz como podía sentirse.

Pero Trev había aprendido a no interrumpir a sus padres mientras discutían, así que se puso a mirar por la ventanilla y a desear con todas sus fuerzas que pararan allí. Bastaría con que su madre quisiera cigarrillos o con que Didi necesitara hacer pipí o algo así. Su hermano jugueteaba con el dobladillo deshilachado de sus pantalones cortos, en su mundo, sin mirar siquiera el pueblo. Trev le hincó el dedo en el brazo.

—Didi —le susurró bajito—. ¿Necesitas hacer pipí otra vez?

—Nah —respondió Didi con solemnidad en voz demasiado alta—. Hice pipí en la última parada.

Papá aporreó el volante con las manos.

—¡Joder, Trevor, no provoques su vejiga floja! ¿Sabes lo que implica parar el coche cada hora? Que luego hay que volver a arrancarlo. ¿Y sabes qué pasa entonces? Que gastamos más gasolina. Y la gasolina cuesta dinero. Tú eliges, Trev: ¿quieres parar a mear o cenar esta noche?

—Cenar esta noche —respondió Trevor.

Notó que las lágrimas se le acumulaban en los ojos. Pero sabía que, si lloraba, papá seguiría metiéndose con él. No siempre había sido de esa manera, pero ahora sí. Si Trev se enfrentaba a papá y le contestaba —incluso si la respuesta implicaba rendirse—, papá podría sentirse avergonzado y lo dejaría en paz.

—Vale, pues no molestes a Didi.

Papá aceleró el coche. Trevor sabía que papá odiaba el pueblecito con la misma intensidad con la que a mamá le gustaba. Didi, como siempre, estaba en las nubes.

Papá ya no pararía adrede por ningún motivo. Trevor sabía que el coche se estropearía pronto, o eso había dicho mamá. Deseó que, de ser cierto, se rompiera allí mismo. Creía que un lugar así podría ser bueno para papá si le diera una oportunidad.

—¡Hostia PUTA!

Papá se estaba peleando con la palanca de cambios golpeándola con la mano. En las entrañas del coche, algo reventó y este

se sacudió con una fuerza tremenda. Entonces comenzó a salir un humo negro grasiento por los bordes del capó. El vehículo avanzó en punto muerto hasta detenerse en el arcén cubierto de hierba de la carretera.

Trevor sintió ganas de echarse a llorar de nuevo. ¿Y si papá descubría que había estado deseando que el coche se estropease justo en ese mismo instante? ¿Qué haría? Trevor bajó la mirada hasta su regazo y notó lo apretados que tenía los puños sobre las rodillas de sus vaqueros. Abrió una mano con cuidado y luego la otra. En la tierna carne de sus palmas, las uñas habían dejado unas medias lunas rojas que le escocían.

Papá abrió de una patada la puerta del Rambler y se lanzó al exterior. Como ya habían atravesado el pueblo, la carretera estaba rodeada de cultivos verdes que olían a mojado. Trevor distinguió unas parcelas de retorcidas enredaderas salpicadas de unas florecillas púrpuras que olían a frescos de uva. Llevaban kilómetros viendo esa planta. Mamá la llamaba *kudzu* y, según ella, solo florecía cada siete años. Papá bufó y dijo que era una puta plaga que asfixiaba la cosecha y que no moría ni quemándola con gasolina.

Papá se alejó del coche en dirección a un grupo de árboles no muy alejados de la carretera. Se detuvo de espaldas al Rambler con los puños en los costados. Incluso a esa distancia, Trevor pudo ver que temblaba. Mamá decía que papá estaba hecho un manojo de nervios y que no podía siquiera prepararle un café porque lo ponía nervioso. Pero a veces papá estaba más que nervioso. Cuando se ponía así, Trevor percibía una ciega rabia roja latiendo en él, más caliente que el motor del coche. Una rabia que no conocía palabras como «esposa» e «hijos». Aquello era debido a que papá ya no podía dibujar. Pero ¿por qué? ¿Cómo puede desaparecer de repente lo que más te apasiona, lo que llevas haciendo toda tu vida?

La puerta de mamá se abrió. Cuando Trevor alzó la mirada, sus largas piernas envueltas en vaqueros azules ya estaban fuera del coche y ella lo observaba por encima del respaldo del asiento.

—Vigila a Didi un rato, por favor —le dijo—. Léele algo si te apetece.

Dio un portazo y cruzó a zancadas el verde arcén hacia la silueta tensa y temblorosa de papá. Trevor observó cómo se reunían, observó cómo mamá envolvía a papá por detrás con sus brazos. Sabía que sus dulces y frías manos estarían acariciando el pecho de papá mientras le susurraba palabras tranquilizadoras carentes de sentido con su suave voz sureña, igual que hacía cuando Trevor o Didi se despertaban por una pesadilla. Su mente enmarcó una silenciosa foto de sus padres, juntos bajo los árboles. Recordaría esa imagen durante mucho tiempo: su padre, Robert Fredric McGee, un hombre más bien menudo de facciones angulosas, con grandes gafas de sol, una mata de pelo ralo pelirrojo que se le levantaba en la coronilla y los músculos de su cuerpo tan tensos como la cuerda de un violín; su madre, Rosena Parks McGee, una mujer esbelta vestida de un modo tan favorecedor como se lo permitía la moda de la época: vaqueros descoloridos con bordados y una camisa verde vaporosa estilo hindú con espejitos en el cuello y las mangas. Llevaba el cabello, largo y ondulado, atado en una trenza que le colgaba hasta media espalda, como un grueso cable veteadado de los hilitos del trigo y del maíz con el color dorado del otoño. El cabello de Trevor era del mismo color que el de su padre. Didi lo tenía de un palidísimo rubio sedoso: era el color de los pelos más claros de la cabeza de su madre. Según ella, Trev también lo había tenido de ese color y, seguramente, el de Didi se oscurecería y acabaría siendo pelirrojo cuando tuviera la edad de Trevor.

Trevor se preguntó si mamá estaría consolando a papá y convenciénolo de que no importaba que el coche se hubiera roto, que ese sería un buen lugar para vivir. Eso esperaba. Luego cogió la lectura que tenía más a mano, un cómic de Robert Crumb, y se deslizó por el asiento hasta llegar junto a su hermano. Didi no entendía todas las cosas que ocurrían en esas historietas —ni Trevor tampoco—, pero a los dos niños les gustaban los dibujos y pensaban que las chicas con culos gigantescos eran graciosas. En Texas, papá solía bromear con que mamá tenía un culo Crumb clásico, y mamá lo atizaba con un cojín del sofá. En esa casa tenían un sofá, grande y cómodo, de color verde. A veces Trevor y Didi se sumaban



también a la pelea de cojines. Si mamá y papá estaban colocados, acababan riéndose tan fuerte que perdían el aliento y Trevor y Didi podían ganar. Papá hacía tiempo que no bromeaba sobre el culo de mamá. Ni siquiera leía sus cómics de Robert Crumb; se los había dado todos a Trevor. Y Trev no se acordaba de cuándo había sido la última vez que todos habían participado en una pelea de cojines.

Bajó la ventanilla para dejar pasar el aire que olía a verde. Aunque seguía impregnado con el hedor fétido del motor, era más fresco que el del interior del coche, queapestaba a humo, a leche agria y al último accidente de Didi. Comenzó entonces a leer el cómic en voz alta, señalando cada palabra que pronunciaba, para que Didi lo siguiera. Su hermano seguía intentando ver lo que estaban haciendo mamá y papá. Trevor advirtió por el rabillo del ojo que papá se había apartado de mamá y se alejaba a zancadas por la carretera, en dirección contraria al coche y al pueblo. Mamá se apresuró tras él, pero sin correr. Trevor atrajo a Didi hacia sí y se obligó a no mirar y a concentrarse en las historias que creaban las palabras y las imágenes. Le resultó sencillo seguir el cómic tras unas viñetas. Trataba sobre Mr. Natural, su personaje favorito de Crumb. Ver a ese viejo *hippie* tan sabio lo consoló, le hizo olvidar la rabia de papá, el dolor de mamá, le hizo olvidar que estaba leyendo las palabras para Didi. La historia lo alejó de allí.

Además, sabía que volverían. Siempre lo hacían. Tus padres no podían irse sin más y dejarte en el asiento trasero, no cuando no tardaría en oscurecer, no cuando te hallabas en un lugar desconocido sin nada para comer ni un sitio donde dormir y tenías solo cinco años.

¿O sí?

Mamá y papá se habían alejado bastante por la carretera; eran unas miniaturas que gesticulaban en la distancia. Pero Trevor pudo distinguir que habían dejado de andar y que solo estaban allí de pie. Discutiendo, sí. Gritándose, seguramente. Quizá hasta estuvieran llorando. Pero no se alejaban.

Trevor miró la página y volvió a sumergirse en la historia.



Al final resultó que no podían ir a ninguna parte. Papá llamó a un mecánico, un joven flaco de una altura descomunal que aún era prácticamente un adolescente, con una cara tan larga, pálida y amigable como la del Hombre en la Luna. En el bolsillo de su mono grasiento llevaba bordado con un hilo de color naranja chillón el inverosímil nombre de Kinsey.

Según Kinsey, el Rambler había perdido una biela que probablemente llevase suelta desde Nueva Orleans y, a menos que estuvieran listos para desembolsar bastantes cientos de pavos en un viejo motor hecho polvo, bien podrían empujar el coche fuera de la carretera y alegrarse de que se hubiera averiado cerca de un pueblo. Después de todo, señaló Kinsey, puede que tuvieran que quedarse una temporada.

Papá lo ayudó a mover el coche unos cuantos metros hacia delante para apartarlo completamente del asfalto. La carrocería se hundió sobre los neumáticos: era de un turquesa descolorido por encima de la tira cromada cubierta de polvo que recorría el lateral y, debajo, de un blanco sucio. A Trevor le pareció que el Rambler ya estaba muerto. Papá tenía la cara muy pálida, casi azulada, con una pátina de sudor aceitoso. Cuando se quitó las gafas, Trevor vio que bajo las cuencas de sus ojos habían aparecido unas sombras borrosas de color morado.

—¿Cuánto te debo? —preguntó papá. Resultaba obvio por su voz que la respuesta le causaba pavor.

Kinsey miró a mamá y a Trevor y a Didi entre sus brazos; observó sus ropas y sus pertenencias amontonadas en el asiento trasero, las bolsas de lona apiñadas debajo de la puerta del maletero que se mantenía cerrada gracias a una cuerda y los tres colchones amarrados en el techo. Sus avispados ojos azules, brillantes en vez de pálidos como los de Trevor y papá, asimilaron la situación de un solo vistazo.

—¿Por venir aquí? Nada. Mi tiempo no vale tanto, créame.

Bajó un poco la cabeza para examinar la cara de papá. A Trevor le vino a la mente la imagen de una jirafa entrometida.

—Pero ¿no le conozco? ¿No será usted...? No... ¿Robert McGee? ¿«El dibujante que voló los sesos del *underground* estadounidense»,

en palabras del mismísimo san Crumb? No, no, claro que no. En Missing Mile no. Qué tonto soy, disculpe.

Ya se estaba dando la vuelta y papá no iba a decir nada. Trevor no podía soportarlo. Quería correr hacia el hombre alto y gritarle a esa cara amable y curiosa: «¡Sí, es él, es Robert McGee y es todo lo que has dicho y TAMBIÉN MI PAPÁ!». En ese instante Trevor ardió de orgullo por su padre.

Pero el brazo de mamá se apretó a su alrededor para frenarlo. Una larga uña pintada le pinchó el antebrazo a modo de advertencia.

—Chist —oyó que le decía en voz baja.

Y papá, Robert McGee, Bobby McGee, creador de *Birdland*, un cómic alocado, morboso y bello, cuyo trabajo había aparecido junto al de Crumb y al de Shelton en *Zap!*, en el *L. A. Free Press*, en el *East Village Other* y en otras partes por todo el país; papá, que había recibido y rechazado ofertas de ese mismo Hollywood que él había dibujado una vez como una garrapata gigante hinchida de sangre que se aferraba al cadáver podrido de un perro llamado Arte; papá, quien antes había tenido mano firme y una visión pura, mordaz... Papá negó con la cabeza y apartó la mirada.



Justo al pasar el centro de Missing Mile hay una carretera que tuerce a la izquierda desde la calle Firehouse y se aleja serpenteando hasta un campo lleno de maleza. Los terrenos de esa zona son casi baldíos porque la tierra se ha vuelto yerma; mucha gente cree que se debe a la sobrexplotación y al déficit en la rotación de cultivos. Solo los habitantes más viejos del pueblo siguen diciendo que esos campos están malditos y que, en una ocasión, fueron sembrados con sal. La tierra fértil está en la otra parte del pueblo, la que da a Corinth, por donde están la vía abandonada del ferrocarril y los bosques oscuros. La calle Firehouse llega hasta la autopista estatal 42. La carretera que tuerce a la izquierda se convierte enseguida en grava y, más adelante, en tierra. Este sitio, llamado calle Violin, es la zona más pobre de Missing Mile.

Por aquí, los mejores sitios para vivir son granjas decrepitas: unas moradas vastas y laberínticas con techos altos y amplias

y frías habitaciones. La mayoría se abandonaron o vendieron hace años, cuando los cultivos se pudrieron. Luego están los remolques de aluminio y las chozas de tela asfáltica, cuyos patios se encuentran atestados de juguetes rotos, armatostes de vehículos oxidados y otros desperdicios. Unos perros de caza, flacuchos y amodorrados, vigilan con desidia el perímetro. Por aquí, solo los elementos salvajes gozan de buena salud: los árboles viejos cuyas raíces encuentran sustento muy por debajo de la explotada capa superior del suelo, el esporádico rosal convertido en un matorral verde lleno de espinas, el imparable *kudzu*. Como si hubieran decidido reclamar la tierra.

A Trevor le encantaba. Fue el lugar donde se dio cuenta que él sí sabía dibujar aunque su padre no pudiera.

Mamá habló con un agente inmobiliario y descubrió que podían permitirse alquilar una de las destartadas granjas durante un mes. Para entonces, dijo mamá, ella ya habría encontrado un trabajo en Missing Mile y papá estaría dibujando. En efecto, pocos días después de trasladar sus cosas a la casa, una tienda de ropa contrató a mamá como dependienta. El trabajo no era divertido —no podía llevar vaqueros y las únicas opciones que le quedaron fueron una falda con estampado hindú, una blusa y un vestido de retales—, pero comía en el restaurante del pueblo y a veces se quedaba a tomar un café después de su turno. No tardó en conocer a algunos de los jóvenes que habían visto entrar en la tienda de discos y a otros como ellos. Le contaron que, si iba a Raleigh o Chapel Hill, podría ganar bastante dinero posando en las clases de arte de la universidad. Mamá habló con Kinsey, el chico del taller, y le propuso un plan de pago. Una semana después, el Rambler tenía un motor nuevo y mamá dejó la tienda de ropa y comenzó a ir a Raleigh en coche varias veces a la semana.

En el más pequeño de los cuatro dormitorios, situado en la parte trasera de la casa, papá colocó sus cosas: un batiburrillo descuidado de tintas y pinceles y su mesa de dibujo, el único mueble que se había traído de Austin. Cada mañana, después de que mamá se marchara, entraba, cerraba la puerta y se quedaba allí gran parte del día. Trevor no tenía ni idea de si dibujaba o no.

Pero Trevor sí lo hacía. Había encontrado un viejo cuaderno de dibujo de su padre cuando mamá sacó las cosas del coche. La mayoría de las páginas estaban arrancadas, pero aún quedaban unas cuantas en blanco. Trevor solía llevar a Didi fuera para jugar durante el día (mamá le había asegurado que el Círculo del Diablo estaba a más de sesenta kilómetros de allí, así que toparse por accidente con un demonio dando vueltas y refunfuñando no era motivo de preocupación). Sin embargo, cuando Didi dormía la siesta, algo que últimamente parecía hacer cada vez más a menudo, Trevor deambulaba por la casa. Observaba las desnudas tablas del suelo y las paredes manchadas de humedad y se preguntaba si alguien habría amado alguna vez aquel lugar. Una tarde, bajo la tenue luz de la desaliñada cocina, se encontró a sí mismo encaramado en una de las sillas desvencijadas que venían con la casa, con un rotulador en la mano y el cuaderno en la mesa ante él. No tenía ni idea de lo que iba a dibujar. Antes apenas había pensado en dibujar; eso es lo que hacía papá. Trevor recordaba que, cuando tenía la edad de Didi, solía garabatear con lápices de colores en periódicos baratos; dibujaba grandes cabezas circulares, con palos que sobresalían haciendo de brazos y piernas, como suelen hacer los niños pequeños. Este círculo con cinco puntos es mamá, ese es papá y aquel, yo. Pero hacía al menos un año que no dibujaba, no desde que papá había parado.

Una vez, papá le contó que el truco estaba en no pensar, en no fijarse en el cuaderno. Solo había que encontrar el camino entre la mano, el corazón y la mente y ver qué salía de ahí. Trevor destapó el rotulador y apoyó la punta sobre la impoluta, aunque ligeramente amarillenta, página del cuaderno. La tinta comenzó a fluir en el papel y creó un puntito en expansión, un diminuto sol negro en un pálido vacío. Y entonces, despacio, la mano de Trevor empezó a moverse.

No tardó en descubrir que estaba dibujando a Sammy el Esquelético, un personaje de *Birdland*, el cómic de papá. Sammy se componía de líneas rectas y puntas afiladas; era fácil de dibujar. Todo cobró forma enseguida: la cara, medio lasciva y medio desesperada; el largo abrigo negro, que colgaba de sus hombros como un

par de alas rotas; las manos arácnidas; las piernas alargadas y flacas y el exagerado bulto de las rodillas debajo de sus pantalones negros de pitillo.

Trevor se reclinó para examinar el dibujo. No era tan bueno como el Sammy de papá, claro; las líneas no estaban rectas, la tinta se asemejaba a unos garabatos. Pero tampoco era un círculo con cinco rayas. Se veía a simple vista: era Sammy el Esquelético.

Papá lo reconoció en cuanto entró en la cocina. Se encorvó sobre el hombro de Trevor durante unos minutos para observar el dibujo. Una mano presionaba con suavidad la espalda de Trev y la otra tamborileaba la mesa con nerviosismo. Sus dedos eran tan largos y finos como los de Sammy; las venas, de un lavanda lívido, se percibían bajo la pálida piel; en el tercer dedo, la plateada alianza le quedaba demasiado suelta. Por un momento, Trevor temió que papá le arrebatara el dibujo y todo el cuaderno; se sentía como si lo hubieran pillado haciendo algo malo. Pero papá solo lo besó en la coronilla.

—Has dibujado a un yonqui cojonudo, hijo —le había susurrado al pelo rojo de Trevor.

Salió de la cocina en silencio, como un fantasma, sin coger una cerveza o un vaso de agua o lo que fuera a por lo que había venido, dejando a su hijo mayor en parte entusiasmado y, a la vez, terrible y misteriosamente avergonzado.

Los dedos de la mano izquierda de Sammy, dibujados con mucho cuidado, estaban borrosos. Una gota caída en la página hacía que la tinta sangrara y se enroscara. Trevor tocó la parte húmeda y se llevó el dedo a los labios. Salada. Una lágrima. ¿De papá o suya?



Lo peor ocurrió a la semana siguiente. Resultó que papá sí que había estado dibujando en su diminuto y atestado estudio. Tras terminar, al fin, una historia de solo una página, la había enviado a un periódico. Trevor no se acordaba de si era *Barb*, *Freep* o alguno de esos; a veces los confundía. El periódico rechazó la historia. Papá leyó la carta con una voz falsa y burlona. Había sido una decisión

difícil, decía el editor, dada su reputación y lo que vendía su nombre. Sin embargo, no le parecía que la historia poseyera la misma calidad que su trabajo previo y creyó que publicarla perjudicaría tanto a su carrera como al periódico. Fue la forma más amable que encontró el editor para decir: «Este cómic es una mierda».

Al día siguiente, papá fue andando hasta el pueblo para llamar al editor de *Birdland*. Llevaba prácticamente un año de retraso con las historias de la cuarta entrega. Le dijo al editor que no habría más, ni ahora ni nunca. Luego colgó el teléfono público y caminó kilómetro y medio hasta la licorería. Para cuando llegó a casa, ya había roto el precinto de una garrafa de cuatro litros de *whisky*.

Mamá había empezado a quedarse cada vez hasta más tarde en la ciudad después de trabajar: una noche salía de copas con otros modelos, la siguiente acudía al piso de un conocido para colocarse. A papá eso no le gustaba, incluso se negó a fumarse el porro que le trajo como regalo de uno de sus amigos. Mamá dijo que querían conocerlos, a él y a los niños, pero papá le respondió que no los invitara.

Trevor había ido un día a Raleigh con su madre. Se llevó el cuaderno y se sentó en un rincón del enorme y espacioso estudio que olía a disolvente y a polvo de carboncillo. En la parte delantera de la sala, mamá posaba desnuda y con elegancia sobre un podio de madera. En sus descansos bromeaba con los estudiantes. Algunos se rieron de Trevor que, encorvado sobre su cuaderno, permanecía muy callado y serio. Sus carcajadas enmudecieron cuando vieron el parecido que les había sacado durante la clase: la chica del pelo grisiento cuyas gafas de abuela le apretaban su nariz picuda como un aparato de tortura hecho de alambre; el chico de los ojos caídos cuya irregular barba le crecía directamente sobre el jersey de cuello alto porque no tenía barbilla.

Ese día, sin embargo, Trevor se había quedado en casa. Papá se pasó toda la tarde sentado en el salón, espatarrado en una butaca raída; sus pies tamborileaban sin ritmo sobre las torcidas tablas del suelo. Había conectado el tocadiscos y ponía un disco tras otro, cualquier cosa que tuviera a mano: Sarah Vaughan, Country Joe and the Fish, música frenética de bandas de los años veinte que sonaban como

algo que les gustaría bailar a los esqueletos. Todo se mezclaba en un único e interminable lamento musical de dolor. Lo que más recordaba Trevor era ver a su padre buscando de manera obsesiva los discos de Charlie Parker: *Bird with Miles*, *Bird on Fifty-second Street*, *Bird at Birdland*. Cuando los encontró, colocó uno en el tocadiscos. El saxo serpenteó por la vieja casa, encontró las grietas de las paredes y salió a la noche. Un sonido exaltado, terriblemente triste, pero en cierto modo, libre. Libre como un pájaro en Birdland.

Papá alzó la botella para beber *whisky* directamente de ella. Un segundo después soltó un eructo largo, húmedo y sonoro. Trevor se levantó del rincón desde donde vigilaba por si veía los faros del coche de mamá y se dispuso a marcharse de la habitación. No quería ver vomitar a papá. Ya lo había visto antes y casi acabó vomitando él también, no tanto por la visión del vómito diluido y viscoso provocado por el *whisky*, sino más bien por la impotencia y la vergüenza de su padre.

Su pie golpeó un trozo de madera suelto y lo hizo deslizarse por el suelo. Unos días antes, papá había estado haciendo reparaciones en la casa, remachando una tabla que empezaba a combarse en la pared. Unos clavos largos y plateados y un martillo seguían esparcidos por la puerta que daba al pasillo. Trevor empezó a recoger los clavos para que Didi no pisara uno, pero se detuvo: Didi era lo bastante listo como para no ir descalzo por la casa, con todas esas astillas en el suelo. Puede que papá necesitara los clavos. Puede que aún no hubiera terminado con los arreglos.

Al oír el tintineo de los clavos, papá alzó la mirada de la botella. Sus ojos enfocaron a Trevor, clavándolo en el sitio.

—Trev, ¿qué haces?

—Me voy a la cama.

—Muy bien. Te prepararé un zumo.

Si había zumo en la casa, mamá solía darles un vaso a los niños para que se lo llevaran a la cama. Papá se levantó y pasó trastabillando junto a Trevor de camino a la cocina. Golpeó el marco de la puerta con la mano para apoyarse. Trevor oyó cómo se abría el frigorífico y el entrecocar de las botellas. Papá regresó y le ofreció



un vaso de zumo de pomelo. Unas gotas rodaron por el costado y aterrizaron sobre los dedos de Trevor, que se llevó la mano a la boca para lamerlas. El de pomelo era su favorito por su curioso sabor ácido, casi salado. Pero ese zumo tenía un matiz amargo añadido, como si se hubiera estropeado. Debió de poner mala cara, porque papá se quedó mirándolo.

—¿Pasa algo? —Trevor negó con la cabeza—. ¿Te lo vas a beber o no?

Trevor se llevó el vaso a los labios, tragó la mitad, respiró hondo y lo apuró. El sabor amargo estalló en su lengua y permaneció en el fondo de su garganta.

—Eso es.

Papá alargó las manos y abrazó a Trevor. Olía a licor, a sudor viejo y a ropa sucia. Aun así, Trevor le devolvió el abrazo. Cuando recostó su sien en la de papá, se apoderó de él un terror indescriptible, aunque no sabía por qué. Se agarró a los hombros de su padre para intentar envolverle el cuello con los brazos. Pero al cabo de un momento, papá se separó y lo apartó de él.

Trevor recorrió el pasillo para echar un vistazo al dormitorio a oscuras de Didi. Solía asustarse por la noche, pero, a pesar del volumen machacante de la música, estaba dormido. Tenía la cara escondida en la almohada y la débil luz del pasillo formaba un halo en su pálido cabello. En Austin, los dos hermanos habían compartido habitación; esta era la primera vez que dormían separados. Trevor echaba de menos despertarse con la ligera respiración de Didi, y con el olor a polvos de talco y caramelo cuando su hermano se metía en la cama con él. Se planteó durante un segundo dormir con Didi esa noche y envolverlo con los brazos para no tener que dormir solo. Pero no quería despertar a Didi. Papá le había dado mucho miedo. Caminó por el pasillo hasta su dormitorio pasando la mano por la pared. Los viejos tablones estaban húmedos, ligeramente pegajosos. Se limpió la mano en la parte delantera de su camiseta.

Su habitación estaba casi tan vacía como la de Didi. De Austin no habían traído ningún mueble y solo unos pocos juguetes. El colchón de Trevor yacía plano en el suelo, con una sábana arrugada

tirada por encima. Algunos de sus dibujos colgaban de las paredes, aunque Trevor no había incluido a Sammy el Esquelético ni había intentado copiar más personajes de papá. Dispersos por el suelo había más dibujos, junto con los cómics que le gorroneaba a papá. Cogió un volumen de *Los fabulosos Freak Brothers* con la intención de leerlo en la cama. Las payasadas de esos simpáticos tontos le harían olvidar a papá, despatarrado en la silla ahogando su dolor en la botella de *whisky*.

Pero estaba demasiado cansado, se le cerraban los ojos. Apagó la lamparita de noche y se arrastró debajo de la sábana. Los contornos familiares de su colchón lo acunaron como una mano acogedora. Desde el salón le llegaba una trémula escala interpretada por Charlie Parker. «Birdland», pensó de nuevo. Ese lugar donde la magia era posible, donde nadie podía tocarte. A lo mejor existía un sitio así en el mundo, a lo mejor era un sitio escondido dentro de ti. Papá solo alcanzaba su Birdland cuando bebía. Trevor había empezado a pensar que su propio Birdland podría ser un rotulador moviéndose sobre el papel, el peso del cuaderno en sus manos, la creación de mundos a partir de tinta, sudor y amor.

Se quedó dormido y la música zigzagueó en sus sueños. Oyó a Janis Joplin cantando *Me and Bobby McGee* y, de repente, recordó que había muerto el año anterior. Por las drogas, le había dicho mamá, y procuró explicarle que las drogas que Janis había estado tomando eran mucho peores que la maría que ella y papá fumaban a veces. Le vino una imagen a la mente: papá paseaba de la mano de una chica más bajita y más rolliza que mamá, una chica que llevaba plumas en el pelo. Al girarse hacia papá, Trevor vio que su cara era una hinchada y amoratada masa de carne, con las cuencas de los ojos negras e insondables tras sus enormes gafas redondas; sus destrozados rasgos se dividieron en una mueca sonriente cuando se inclinó para besar con pasión a su padre.

Y papá le devolvió el beso...



Lo despertó la luz del sol que entraba a raudales a través de los cristales sucios de la ventana y se filtraba por el rabillo de sus ojos. Le dolía ligeramente la cabeza, la sentía demasiado pesada sobre su cuello. Trevor se puso boca arriba, se estiró y examinó la habitación, saludando en silencio a sus dibujos. Había uno de la casa, uno de mamá con Didi en brazos y una serie que acabaría con toda seguridad formando un cómic. Sabía que nunca podría dibujar el ingenioso y sórdido mundo de *Birdland* como lo había hecho papá, pero sí que podría crear su propio mundo. Debía practicar la letra pequeña para poder escribir en los bocadillos.

Se sentía un poco torpe, pero lleno de ideas. Rodó por el colchón, abrió la puerta de su dormitorio y recorrió el pasillo hasta la cocina.

Vio la sangre en las paredes antes de ver a mamá.

Según el informe de la autopsia —que Trevor no leería hasta años más tarde—, papá la había atacado cerca de la puerta principal, seguramente habrían discutido y forcejeado, y él la habría conducido hacia el pasillo antes de matarla. Allí sería donde habría cogido el martillo.

Mamá se había desplomado en la puerta entre el salón y el pasillo. Su espalda estaba apoyada en el marco. La cabeza le colgaba de su frágil cuello. Tenía los ojos abiertos y, mientras Trevor rodeaba el cuerpo, estos parecieron clavarse en él. Durante una vertiginosa fracción de segundo, creyó que estaba viva. Luego se fijó en que tenía los ojos turbios y cubiertos con una película de sangre. Sus brazos eran una masa de sangre y magulladuras; los anillos plateados brillaban entre sus manos destrozadas —según la autopsia, siete dedos y la mayoría de los huesecitos de las palmas estaban rotos, ya que había levantado las manos para protegerse de los martillazos—. Había una profunda brecha en la sien izquierda y otra en el centro de la frente. El cabello suelto, rígido por la sangre, formaba un abanico sobre los hombros. Un líquido claro había emanado de las heridas de la cabeza y se había secado en la cara, creando unas líneas plateadas entre la máscara roja.

Y por encima de ella, en la pared, una barahúnda de huellas ensangrentadas se arrastraba hacia abajo, abajo...

Trevor se dio la vuelta y corrió por el pasillo hasta la habitación de su hermano. No sabía que se le había aflojado la vejiga ni sentía cómo la orina caliente se deslizaba por sus piernas. No oía el sonido que él mismo producía: un gemido prolongado y agudo.

La puerta del dormitorio de Didi estaba cerrada. La noche anterior Trevor no la había cerrado. En lo alto de la puerta vio una mancha minúscula de sangre, casi imperceptible, que le dijo a Trevor todo lo que necesitaba saber. Entró de todas formas.

El ambiente de la habitación estaba cargado por el hedor a sangre y mierda. Los dos olores juntos resultaban empalagosos, casi dulces. Trevor se acercó a la cama. Didi yacía en la misma posición que la noche pasada, con la cabeza escondida en la almohada y el puño cerca de la boca. La nuca de su hermano parecía un lodazal, un puré negro de astillas de hueso y espesa sangre coagulada. En algún momento de la noche —bien por el calor o por los espasmos de la muerte—, Didi había apartado a patadas las sábanas. Trevor distinguió una mancha marrón oscura entre sus piernas. De ahí provenía el olor. Alzó la sábana y la estiró sobre Didi para cubrir la mancha, la cabeza destrozada y la insoportable mano encogida. La tela se posó sobre el pequeño bulto inmóvil. Al taparle la cabeza apareció una mancha de sangre.

Tenía que encontrar a papá. Su mente se aferró a la esperanza diminuta y reluciente de que papá no hubiera hecho aquello en absoluto, de que quizá algún loco habría entrado en su casa para matar a mamá y a Didi y, por alguna razón, lo había dejado con vida a él. Papá podría seguir vivo también.

Salió de la habitación de Didi trastabillando, tanteó el camino por el pasillo y entró corriendo en el baño.

Allí fue donde lo encontraron los amigos de mamá horas más tarde, cuando llegaron para ver por qué no había acudido ese día a posar. Ella era tan responsable que se habían preocupado de inmediato. La puerta principal estaba abierta. Lo primero que vieron fue el cuerpo de mamá, y estaban a punto de ponerse histéricos, cuando alguien escuchó el monótono y agudo quejido.

Hallaron a Trevor apretujado en el minúsculo hueco entre el váter y el viejo lavabo de porcelana, tan enroscado como un feto y con

los ojos clavados en el cadáver de su padre. Bobby McGee colgaba de la barra de la cortina de la ducha. Como era de esas anticuadas que se atornillan a la pared, había soportado su peso toda la noche y todo el día. Estaba desnudo. El pene le colgaba flácido y marchito como una hoja seca; no había disfrutado del último orgasmo de la muerte. Su cuerpo consumido estaba escuálido, de un pálido brillante; tenía las manos y los pies empapados de sangre; la hinchazón de la cara borraba todos sus rasgos, a excepción de los ojos, que sobresalían de las cuencas. La áspera sogá de cáñamo había abierto un corte profundo en su cuello. Las manos y el torso seguían manchados con la sangre de su familia.

Mientras alguien lo levantaba y lo sacaba fuera, Trevor, que seguía enroscado en una bola lo más pequeña posible, formuló su primer pensamiento coherente en horas, el último que tendría durante muchos días. Se dio cuenta de que no tenía que haberse preocupado por encontrarse accidentalmente con el Círculo del Diablo.

El Círculo del Diablo lo había encontrado a él.



Del *Corinth Weekly Eye*, 16 de junio de 1972.

Por Denny Marsten, redactor.

MISSING MILE: Una terrible tragedia ha acaecido justo aquí al lado. Casi nadie sabía que el famoso dibujante *underground*, Robert McGee, estaba viviendo en Carolina del Norte hasta que mató a golpes a dos miembros de su familia para suicidarse a continuación en una casa alquilada a las afueras de Missing Mile.

McGee, de Austin, Texas, tenía treinta y cinco años. Su trabajo ha aparecido en periódicos estudiantiles y de contracultura por todo el país. Es el creador de *Birdland*, un controvertido cómic para adultos. También han fallecido su esposa, Rosena McGee, de veintinueve años, y su hijo, Fredric McGee, de tres años. Ha sobrevivido otro hijo, de nombre y edad desconocidos.

«Creemos que había drogas de por medio», comentó un policía del estado en la escena del crimen. «Es lo que suele pasar con este tipo de personas». Otro agente señaló que se trataba del primer asesinato múltiple en Missing Mile desde 1958, cuando un hombre mató a tiros a su mujer y a sus tres hermanos.

Kinsey Hummingbird, de Missing Mile, arregló el coche de los McGee unas semanas antes de los homicidios. «No vi nada raro en ellos», afirmó. «Y si lo hubiese visto, no sería asunto de nadie. Solo los McGee sabrán lo que pasó en esa casa». «Robert McGee era un gran artista», añadió. «Espero que alguien cuide bien del niño».

Nadie se atreve a especular sobre por qué McGee perdonó la vida a su hijo mayor. El niño está bajo la custodia del estado y será enviado a un orfanato o a una casa de acogida si no se localiza a otros familiares.